

Política levantada.

Hubo, no lo negamos, intervencionistas de buena fe, los que ignorando ó dando al olvido las lecciones de la Historia, creyeron que el solicitado protector gastaría los millones de su tesoro y vertería la sangre de sus soldados por el platónico deseo de hacer la felicidad de sus protegidos. Esos hombres de buena fe, cuando vieron á los franceses obrar como si estuvieran en tierra conquistada y á Maximiliano supeditado al Comandante en Jefe del Ejército francés, han de haberse lamentado con profunda amargura de haber sido los cómplices inconscientes de la traición á la patria.

Para fundar su apelación al extranjero invocaban los directores del partido reaccionario tres grandes motivos que no eran, como han venido á demostrar los hechos, sino tres grandes pretextos, la defensa de la religión, la necesidad de la paz y el temor á la política absorbente de los Estados Unidos. De esa manera movían con habilidad en favor de sus antipatrióticas ideas el fanatismo de las masas, su horror á la anarquía, su odio al invasor de 47. Y habrían logrado mayor número de prosélitos si la intuición patriótica no

fuese superior á tales artimañas. Creríamos que los directores del movimiento intervencionista, á pesar de su clara inteligencia, sostenían de buena fe los motivos mencionados, si su conducta posterior no demostrase lo contrario.

La defensa de la Religión atacada, según ellos, por las leyes de Reforma, era el primero de los motivos mencionados. Pues si de buena fe lo hubieran proclamado, cuando vieron al Jefe francés y más tarde al Archiduque, sostener esas leyes, cuando vieron á Maximiliano y á su querido Ministro Escudero reprochar con razón la política de su Santidad, que admitía en el concordato con Francia lo que rechazaba en el pretendido concordato con Méjico, debían *en conciencia* haberse alzado contra el Monarca extranjero con la misma resolución con que se habían alzado contra el Gobierno liberal.

La necesidad de la Paz era el segundo de dichos motivos: Pues si de buena fe lo hubieran invocado si no hubiese sido un sarcasmo en los labios de la mayor parte de ellos, cuando oyeron la voz autorizada del Gral. Márquez declarando que: «la guerra sería interminable,» cuando vieron esa opinión confirmada por una lucha sin tregua, debieron, cuando menos, abandonar una causa que indefinidamente retardaba la era de la Paz.

Quedaba en pie el último de sus motivos: el temor á la política absorbente de los Estados Unidos; pues si de buena fe lo hubiesen sentido, si hubieran creído—como lo creemos nosotros—que la preponderancia comercial americana envuelve un peligro para nuestra nacionalidad, no serían, como lo son, á trueque de ciertas concesiones, los sostenedores más decididos de este orden de cosas.

Ya que hemos tocado este punto, no estará de más dejar bien precisado que los hombres de Paso del Norte, esos hombres á quienes los empedernidos intervencionistas se obstinan en presentar como obrando á favor y por instigaciones de los Estados Unidos, prefirieron retardar en nues-

tro país la marcha del progreso netamente material, á confiar su desarrollo á preponderantes elementos americanos. Tal vez—aunque no lo creamos así—se hayan equivocado esos hombres, pero no cabe duda de que ese error, si lo hubiere, obedeció á sentimientos del más puro patriotismo.

Antes de terminar; también nos parece conveniente reproducir una nota de D. Sebastián Lerdo de Tejada, Ministro de Relaciones del Presidente Juárez, para que se vea el tono digno y levantado que usaron los hombres de Paso del Norte; y digamos en honor de Mr. Seward, cuyo arrogante lenguaje se impuso á las cancillerías europeas, que se inclinó con respeto ante la dignidad quisquillosa de una nación débil. He aquí la nota dirigida al Ministro americano Mr. Campbell.

«Me dice usted que la satisfacción que el gobierno de los Estados Unidos ha experimentado con la retirada de Méjico de las tropas francesas y con la marcha de los ejércitos del gobierno constitucional sobre la capital de la República, ha sido turbada por las relaciones que le han sido hechas con motivo de la severidad desplegada contra los prisioneros de guerra caídos en nuestras manos á consecuencia de la jornada de San Jacinto. En fin, me dice usted que el gobierno de los Estados Unidos espera que, para el caso en que el Archiduque Maximiliano cayera en nuestro poder con sus partidarios, serían todos tratados humanamente como conviene á prisioneros de guerra.

«Los enemigos de la República, con el fin de perjudicarla, han tomado empeño en desfigurar los hechos esparciendo rumores calumniosos con motivo de los prisioneros de San Jacinto. Estos prisioneros, en gran número, han sido perdonados, y si el jefe de las fuerzas republicanas ha hecho ejecutar á algunos es porque no los ha considerado como prisioneros de guerra sino como individuos culpables bajo el doble punto de vista del derecho de gentes y de las leyes de la República. Esos prisioneros acababan de mar-

charse con toda clase de crímenes en la ciudad de Zacatecas; combatían como verdaderos filibusteros sin patria y sin bandera; como mercenarios pagados para derramar la sangre de los mejicanos que defendían su independencia y sus instituciones.

«Un gran número de los extranjeros hechos prisioneros en San Jacinto, han sido conducidos á Zacatecas, donde se les ha tratado con benevolencia, de la misma manera que lo han sido y que lo son aún los que fueron capturados en el Estado de Jalisco, y que no se habían hecho culpables á tanto grado.

«Conforme á las órdenes del Gobierno de la República, los generales encargados del mando de las fuerzas nacionales, han respetado siempre la vida de los prisioneros franceses y los han tratado con las mayores consideraciones; mientras que, por su lado, se asesinaba frecuentemente por orden de sus jefes á los prisioneros que hacían en las fuerzas republicanas. Aun se dió el caso muchas veces de que los prisioneros franceses fueran puestos en libertad, sin exigir para hacerlo el canje correspondiente.

«Ciertos generales franceses han incendiado poblaciones enteras, varias ciudades fueron diezmadas por lo que ellos llamaban sus cortes marciales; por una simple sospecha, sin ninguna especie de juicio, han dado muerte á personas indefensas, á ancianos, á seres que no habían podido tomar las armas contra ellos. A despecho de todo esto, sin embargo, el Gobierno de la República y los jefes de sus tropas, lejos de recurrir á las represalias á las cuales se les provocaba, han observado siempre, con respeto á ellos, la conducta más humanitaria y dado el ejemplo de la más grande generosidad. Por eso la causa republicana en México ha merecido la simpatía de todos los pueblos civilizados.

«Retiradas las fuerzas francesas, el Archiduque Maximiliano ha querido seguir derramando estérilmente la sangre de los mexicanos. Si se exceptúan tres ó cuatro ciudades

dominadas todavía por la fuerza, ha visto levantada contra él la República entera. No obstante esto ha querido continuar la obra de desolación y de ruina de una guerra civil sin objeto, rodeándose de algunos de los hombres más conocidos por sus expoliaciones y graves asesinatos y de los más manchados en las desgracias de la República. En el caso de que llegaren á ser capturadas personas sobre quienes pesase tal responsabilidad, no me parece que puedan ser considerados como simples prisioneros de guerra, porque sus crímenes están definidos por el derecho de gentes y por las leyes de la República. El Gobierno que ha dado ya tantas pruebas de sus principios humanitarios y la generosidad de los sentimientos que lo animan, debe pesar actualmente en el fondo de su conciencia lo que de él exigen la justicia y sus deberes hacia el pueblo mexicano.

«El Gobierno de la República, después de esta justificación de sus actos, espera conservar las simpatías del pueblo y del Gobierno de los Estados Unidos, puesto que esas simpatías han sido siempre, y son aún, de la mayor estimación para el pueblo y para el Gobierno de México.»

«Tengo el honor, etc.

S. LERDO DE TEJADA.

VIII.

Nuestro deseo.

Ya que hemos hecho estas reminiscencias de la gloriosa lucha sostenida por los patriotas mejicanos contra las huestes invasoras, séanos permitido expresar nuestra ardiente simpatía hacia los pueblos que hoy miran su independencia combatida ó subyugada, ya se llamen Polonia la mártir, Transvaal el esforzado ó Filipinas la indómita. Nuestro más ferviente deseo es que triunfe en las próximas elecciones el partido anti-imperialista y lleve á la presidencia de la República vecina á un gran estadista que, acatando el principio de las nacionalidades, ordene al General Ottis la retirada del Cuerpo expedicionario y reconozca la independencia de Filipinas. Pero, si nuestro deseo no se viere cumplido, si el Aguila americana persistiese en tender su vuelo, por esas regiones donde se fragua el rayo de la guerra y se forma el huracán de la conquista, en vez de desear que nuestra Aguila siga el derrotero marcado por la americana, nosotros deseamos que nuestra Aguila nacional, de pie sobre el nopal de la tradición, en actitud de defensa, no de ataque, ahogue entre sus garras vigorosas á la vívora de la infidencia y ampare bajo la sombra de sus álas al verdadero progreso y á la verdadera libertad!

1020002945